

“EL SUEÑO DEL GIRALUNA”

De Pablo Baena

Abrió los ojos sobresaltada y miró a su alrededor, aun se encontraba aturdida y no acertaba a comprender el contexto que la rodeaba.

Era una sensación extraña, sus pensamientos se habían ralentizado, casi muerto, sus brazos parecían dormidos y sus piernas atoradas en un agujero tan estrecho que las cortaba la circulación.

Agitó su cabeza con fuerza y repentinamente consiguió ver y comprender, pero no comprendía nada.

Frente a Ella había una gran escalinata a modo de platea, muy ancha, de maderas nobles y adornada con banderas y pendones que tenían un gran sol en el centro; en medio de aquel raro escenario una gran silla, más bien un sillón.

Miró a su izquierda, cientos de flores de un tamaño inmenso, todas iguales, con los pétalos caídos, perfectamente ordenadas, se presentaban inertes.

A su derecha el mismo caso y tras ella un precioso amanecer. – Por lo menos está amaneciendo – pensó sin darle mayor importancia mientras intentaba dar un paso atrás. No lo consiguió, sus piernas estaban enredadas, en realidad prisioneras por retorcidos rosales sin flores que no la permitían moverse de donde estaba sin arañar su blanca piel.

De pronto una gran sensación de terror se apoderó de Ella, estaba sola y no podía irse, - Qué será de mí – se dijo; y una ligera lágrima rodó por su preciosa mejilla.

Volvió a mirar a izquierda y derecha buscando una explicación, buscando ayuda o consuelo, nada encontró; pero en ese trasiego de su mirada a un lado y otro acertó a adivinar

que aquellas enormes flores eran girasoles, y que no eran tan grandes, sino que era ella quien había encogido sin razón aparente hasta encontrarse rebasada por los pétalos de aquellas plantas.

Rodó de nuevo una lágrima por su rostro, esta vez no tan estrecha, empapando su dulce mirada, tocándole la comisura del labio y por fin llegando hasta su barbilla donde la recogió con la manga.

- ¿Qué estoy haciendo aquí? – Se dijo; y en ese mismo instante una magnífica e imponente ola de luz inundó la escena.

Lentamente todos los girasoles elevaron su corona y la orientaron, al mismo tiempo, en dirección al dorado sol que se desperezaba tras Ella.

Miró atrás, era un amanecer realmente hermoso y una luz tan potente bañaba su rostro que tuvo que apartar la mirada para no hacerse daño en los ojos.

Volvió a mirar al frente, al escenario, escalera, púlpito o platea, lo que fuera, y contó las banderas – doce – se sintió satisfecha de haberlas contado y eso la reconfortó por un instante – y pendones dos -.

La escena era realmente bella, pero había algo (aparte del hecho de no poderse ir de allí) que la ponía más nerviosa por momentos. Un escalofrío la recorría y la inquietud la comía por dentro; algo no iba bien, como si no fuera dueña de su vida, Otra lágrima rodó desde sus ojos y decidió cerrarlos.

La potente luz acaloraba su espalda y decidió abrir los ojos al sentir que algo había cambiado.

Todo seguía igual a izquierda y derecha, pero al frente no era así, sobre la silla de la platea, entre los dos pendones y con seis banderas a cada lado un girasol, más enorme, más vigoroso, más altivo (si es que un girasol puede serlo) se mantenía estático.

Comprobó que todos, todos sin excepción miraban con sus pétalos en la misma dirección: directos al majestuoso sol.

Se sintió algo reconfortada porque, aun creyendo que en ese instante estaba abandonada a su suerte y podía pasarla cualquier cosa, vio en aquella postura de los girasoles la idea de que ellos tampoco eran libres ya que se obligaban a mirar al sol, y pensó que aquellas vidas eran absurdas, - Todos hacen lo mismo y al mismo tiempo, ¿quién les habrá dicho que lo hagan? – reflexionó.

De repente se sobresaltó enormemente, una voz profunda y dura envolvió el lugar. No sabía de donde provenía, pero pronto se percató de que aquel gran girasol que se encontraba en lo alto de la platea era quien emitía aquel solemne discurso.

- Escuchadme girasoles, habla vuestro rey – dijo el gran girasol, y siguió – la gravedad de los hechos que están teniendo lugar en nuestro jardín es incuestionable -.

Ella se sintió aterrada al tiempo que un gran murmullo acusador se apoderaba del lugar.

Siguió el rey – Todos conocéis la regla que rige el jardín. Desde el primer amanecer sabéis la importancia máxima del precepto. Sin embargo hay quien ha renegado -.

Pronunció esta palabra con mayor solemnidad y la última vocal, que arrastró varios segundos, fue acompañada por el cuchicheo al unísono de toda la reunión.

En ese momento se adelantó uno de los girasoles que se encontraba al pie de la platea y añadió con voz rigurosa – El precepto dice que todo girasol del jardín tiene la obligación de actuar de la siguiente manera: por el día orientar su corona al sol generando un giro perfecto que acompañe su movimiento, por la noche debe bajar la corona en silencio y esperar al nuevo sol. Esta es la ley -.

Según escuchaba estas palabras Ella comenzó a argumentar para si lo detestable de semejante mandato, lo injusto. Pensó en los girasoles como seres oprimidos y se apiadó de ellos. - ¿Pero nunca ninguno se ha percatado de lo absurdo que resulta este reglamento? – comentó en voz baja.

Siguió el rey – En nuestro jardín hay un traidor, un falso girasol, un “giraluna”, un conspirador que alza su flor a oscuras, ¡cortaré su tallo de raíz y el de todo aquel que lo ampare! -.

El jaleo fue brutal, todos los girasoles se sobrecogieron al ver el estricto castigo que adelantaba el monarca.

Ella quería protestar, pero el respeto que le imponía la reunión la hizo no encontrar las palabras; así que decidió cerrar los ojos por un momento.

- ¡Ella! – gritó el rey. - ¡Ella es la culpable! -.

Al oír estas palabras abrió súbitamente sus inocentes ojos. El rey se encontraba frente a ella, a sólo dos pasos, eminente, orgulloso, con un gesto avasallador, quizá tiránico que la horrorizó.

- La culpable de este suceso es ella, y sólo ella puede remediarlo -.

- ¿Yo culpable? ¿De qué?.

- ¡Calla! – Contestó el rey – tú eres la culpable de que en nuestro jardín haya un giraluna -.

Ella se armó de valor y contestó con contundencia – no se de que me está hablando, no soy culpable de nada ni... -.

- Silencio – el rey interrumpió su alegato. Ella notó que su osadía (o más bien temeridad) acababa de irritar a la enhiesta flor que se erguía a su frente.

En ese momento una gran impotencia la colmó, y al tiempo que sus ojos se enrojecían por un llanto que consiguió contener a duras penas, miró a los lados buscando algún apoyo. Pero no encontró ninguno, de hecho se dio cuenta de que ya no había flores ordenadas a sus lados, ni platea al frente, ni sol a su espalda, ni nada; tan sólo estaban Ella y la maldita planta real.

Esta sola compañía la atemorizó aun más, creyó que en el secreto de una conversación así el rey podía intentar dañarla y se horrorizó tan sólo de pensarlo.

Sintió que su sangre se helaba y aunque sabía que sus piernas ya estaban libres no se atrevió a moverse. El pánico la consumía.

En un largo silencio se vio sola, reducida, casi sometida por la imponente planta y sin saber que hacer; así que decidió hacer, mientras el rey proseguía el monólogo sobre la culpabilidad de la chica y la conjuraba a encontrar al giraluna y entregarlo como único modo de salvarla su vida, lo que siempre hacía cuando se sentía abrumada: cerró los ojos esperando que con ello la planta desapareciera.

Y es que esta linda joven, más baja que alta, de ojos grandes, claros y chispeantes, conversación animada y dulzura innata no deseaba estar en ese lugar.

Ella, que podía aparentar la mayor fortaleza, se sabía insegura ante el mundo, pero trataba de ocultarlo tras su encantadora sonrisa.

Ella era todo deleite a la mirada, pero, más allá, en su persona, en un mundo sólo suyo que en raras ocasiones dejaba atisbar a otras personas, se encontraba la quinta esencia de sus encantos. Su espontaneidad, su carácter cálido, su alegre generosidad, su perfecta palabra y reflexión, su animado intelecto y su divertida compañía la convertían, aunque Ella no supiera verlo, en única.

Ella lo tenía todo y si se quisiera definir la palabra alegría con decir Ella sería bastante.

Pero pese a esto, se sentía vulnerable y débil, y por eso que el rey la pusiera en la situación de decidir entre su cabeza y el tallo de un tal “giraluna” (que no conocía) la desgarraba por dentro.

Pensó en ello largo rato amparada por la oscuridad de su mirada.

Abrió los ojos y se encontró sola. La noche había caído en el jardín, desde su posición se veía su casa y los girasoles dormitaban silenciosamente. Decidió regresar a su dormitorio y olvidarse de todo, pero antes de hacerlo la curiosidad la hizo detener sus pasos, - Si de verdad hay un giraluna en este jardín y se comporta así por mi culpa por lo menos tengo derecho a saber porqué – dijo. Y decidió esperar un rato a ver si algo pasaba.

La noche era clara, un barullo de estrellas salpicaba el firmamento y una gran luna llena acompañaba su espera imperturbable, como si el astro de la noche también tuviera la misión de desenmascarar la intención del extraño habitante del jardín (si es que existía).

Sentada en su propio regazo, abrazándose las piernas albergando algo de calor humano esperó tranquilamente.

La noche avanzaba sin novedad mientras Ella reflexionaba sobre los extraños sucesos del día.

Se sentía tranquila, algo soñolienta y muy relajada. La soledad y la bella noche habían apaciguado su espíritu y estaba en calma.

Era un momento de aquellos que, de vez en cuando, Ella gustaba compartir consigo misma.

Pensó en su pasado, cuando era una niña y vivía junto al mar y por un momento creyó oír el batir de las olas allá, a lo lejos, al fondo del jardín. Sonrió.

Pensó en su futuro, se imaginó en alguna capital europea, en un bohemio café donde una orquesta interpretaba un jazz delicioso, bebiendo una rara infusión de sabor completamente desconocido y cogida de la mano de un

hombre de conversación tan interesante que la mantenía en un estado casi de encantamiento. Sonrió de nuevo.

Y pensó en su presente, en que se había librado del pérfido rey y ahora se hallaba ante una noche preciosa a la espera segura de algún suceso extremadamente fascinante. Volvió a sonreír con mayor delicadeza y repentinamente una canción brotó de sus labios: - En mi mente, en mi mente... -.

No paraba de repetir esta estrofa, pues es la única que conocía, y comenzó a acompañar el canturreo con un ligero movimiento de brazos y manos que se entrecruzaban como si una brisa ondeante se moviera de abajo a arriba y de arriba hacia abajo ante su rostro.

Y en esto estaba Ella, tan feliz, tan ensimismada, tan inconsciente del mundo que la rodeaba que no se había percatado de que un girasol de pétalos blancos se había alzado a su lado y la miraba maravillado.

Siguió ella en su fantasía, tan ausente de la realidad que, sin darse cuenta, había cerrado los ojos mientras seguía bailando sus brazos y cantando. – En mi mente, en mi mente... -.

Permaneció así mucho rato, quizá demasiado; fantaseando, casi alucinando en su gozosa irrealidad.

Se encontraba en un estado febril de tranquilidad, muy propio de Ella cuando conseguía liberar su mente y entusiasmar su espíritu.

Pero poco a poco fue apagando el canturreo, serenando el gracioso baile y volviendo a la realidad. Abrió los ojos.

- Nunca pensé que te tendría tan cerca como para poder hablarte – dijo el girasol de pálidos pétalos.

Ella adquirió un gesto sereno, casi pétreo y con unas preguntas se aseguró de lo que en el fondo ya sabía:

- ¿Eres el giraluna? -.

- Sí -.

- ¿Quieres dañarme? -.

- No -.

El ánimo de esta pequeña planta era muy fácil de interpretar. La miraba fascinado, incrédulo de estar en su compañía. Ella se sintió alagada.

Hablaron por un rato del tiempo, de la maduración de las plantas, de la lluvia en otoño y el cálido sol estival; se pusieron de acuerdo en que los dos preferían esta última estación a cualquier otra.

Se sentían a gusto, incluso se había creado un hilo de complicidad cuando, antes de que Ella se lo preguntara, el giraluna decidió explicarle porqué la culpaba a ella el rey de la traición de él.

- Yo nací en este jardín, crecí entre girasoles y aprendí el precepto, nunca lo falté. Pero un día, al final del mismo, cuando el sol está en lo más bajo y apunto de desaparecer tras el horizonte, no pude reprimir una curiosidad que me atormentaba hacía mucho tiempo. Me preguntaba como sería

el mundo más allá de la norma, me decía a mi mismo que era un comportamiento absurdo, que la libertad era algo más, y decidí echar una ojeada con disimulo alrededor -.

Ella escuchaba atentamente sin llegar todavía a comprender qué tenía que ver esa historia con su persona. Siguió el giraluna – Miré un poco aquí y un poco allí y lo que vi no satisfizo mi curiosidad, imaginaba el mundo de otro modo, Y casi cuando estaba a punto de volver a orientar mi corona al sol desencantado y decidido de que la vida de girasol no estaba tan mal, justo al volver de nuevo mis pétalos, te vi a ti. Estabas asomada a tu ventana y con gesto relajado mirabas tranquilamente el jardín. Quedé extasiado, absorto en la visión que se hallaba ante mí. Primero pensé que el fuerte sol del día me había hecho alucinar, pero pronto me di cuenta de que tú eras aquella realidad fascinante más allá del jardín que tantas veces había imaginado -.

La niña no sabía qué decir, esta revelación la había pillado por sorpresa y, además, el giraluna prosiguió con su explicación antes de que Ella pudiese articular cualquier palabra.

- Estuviste largo rato en la ventana, fumaste un cigarrillo, bailabas la música que se escuchaba dentro, sonreías, atendiste una llamada, mirabas tu armario, creo que intentabas imaginar como te quedaría una prenda que habías visto eses mismo día en una tienda, Bailaste de nuevo, sonreíste y apagaste la luz. Se había hecho de noche y te acostaste. De repente mi mundo se quedó vacío y lleno de dudas al mismo tiempo. Pasé toda la noche recordándote y al llegar el nuevo día me dormí. Descansé con la luz del sol y al caer la noche volví a despertarme y ahí estabas tú otra vez, apoyada en el quicio de tu ventana, de nuevo alegre, de nuevo increíblemente bella. Comencé a pensar como serías, qué te gustaría o como sería tu voz, y me acordé de los peligros de la noche, de las pesadillas y los sueños incómodos y me preocupé por ti. Aquella noche, después de que te

acostaras, me debatí entre dos ideas contrapuestas: una, que me aterraba, volver al comportamiento que esta sociedad floral me requería y no volver a verte; la otra, más aterradora si cabe, alzar mi flor a oscuras día tras día para verte y cuidar tu ventana. Y por primera vez lloré -.

Ella escuchaba expectante y algo nerviosa al mismo tiempo; muy cohibida por la idea de que alguien (aunque sólo fuera una flor) pudiera renunciar así por ella. Se sentía tan afligida que no pudo evitar que un mar de lágrimas inundara sus ojos. Era tan fuerte el llanto que sólo pudo cerrarlos para intentar contener el sollozo; notó como sus mejillas se empapaban y cubrió su cara con las manos.

Despertó. Era de día.

- Todo ha sido un sueño – se dijo. Se sacudió la desidia causada por lo poco que había descansado y lentamente se levantó de la cama. Un radiante sol luchaba con la persiana por entrar en su cuarto y decidió liberarle el camino. Abrió la persiana. El día era realmente bello, pensó que quizá era el más bonito que había contemplado en su corta vida y deseó que a partir de aquel todos los días fueran tan hermosos como éste.

La idea de una vida llena de dulces amaneceres la llenó de alborozo y de nuevo sonrió. Y justo cuando sus labios habían dibujado una curva perfecta y estiraba su cuerpo para acabar de desperezarse vio un sobre apoyado en el poyete de su ventana. Lo abrió, era una carta e inconteniblemente comenzó a leer:

Querida niña:

Son las seis y cuarto de la madrugada, está a punto de amanecer y te escribo desde la soledad donde, a mi lado, justo un poco más arriba, la luna mira lo que me dispongo a escribirte.

Una brisa fresca recorre el jardín y aun me parece escuchar, bajito, tu dulce voz: "en mi mente, en mi mente...".

De alguna manera (es absurdo, lo sé), estoy de guardia. Sosteniendo este extremo del universo para que no caiga sobre ti.

Ya sé que es una locura, pero pienso que mientras esté aquí, despierto en la noche, no se desbaratará el cielo; pienso que mientras tú duermes alguien debe vigilar para que las pesadillas no te toquen. Alguien debe mirar tu ventana y quererte.

Y así, aquí me tienes, imaginándote a salvo y sujetando mi extremo del universo, donde los recuerdos de tu mirada son alegres.

Dentro de un rato despertarás ausente de todo esto; por eso quiero que sepas que tú me has liberado, me has hecho dar sentido a mí existir y con eso ya me siento colmado.

Se van a apagar las farolas bajo el empuje de la luz del sol (el amanecer es ya una certeza) y acabará mi turno de guardia mientras la calle se despierta.

Sabe, mi niña, que cada noche observaré tu ventana y la custodiaré para que tu sueño sea el más dulce jamás anhelado.

Tu más sincero Giraluna, que se conforma con tu mirada.
Te quiero todo.

El papel resbaló entre sus dedos y Ella cerró los ojos agradecida de su suerte.